

ALICIA SALMERÓN y FERNANDO AGUAYO (coords.), *“Instantáneas” de la ciudad de México. Un álbum de 1883-1884*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, Comité Mexicano de Ciencias Históricas, Fomento Cultural Banamex, 2013, tomos I y II. ISBN 978-607-929-410-6

Como el novedoso instrumento de efectos ópticos que mostraba una ciudad en movimiento al que se alude en “El desfile de la patria por las calles de México” (texto escrito por Verónica Zárate), los dos tomos de *Instantáneas de la ciudad de México. Un álbum de 1883-1884*, coordinados por Alicia Salmerón y Fernando Aguayo, ofrecen al lector múltiples imágenes en movimiento en las que emerge por un lado la ciudad con sus espacios de variados contrastes y sus instituciones, así como los individuos y la complejidad de sus relaciones de naturaleza diversa en correspondencia con la heterogeneidad de la sociedad urbana de finales del siglo XIX. Se trata de una obra en la que se articulan la ciudad y sus habitantes de forma variada, a manera de “caleidoscopio” no sólo escolar sino social (asunto del que se ocupa María Eugenia Chaoul, otra de las autoras de esta obra).

Preciosamente ilustrados con imágenes que conforman otro caleidoscopio de “luz y plata” (al que se refieren Fernando Aguayo y Alejandra Padilla al estudiar la fotografía), los dos tomos pueden leerse de múltiples maneras; señalo sólo dos: una es mediante los discursos que los coordinadores construyeron junto con los autores con las 92 imágenes, poco más de 30 planos, 38 fotografías, 18 grabados y 3 caricaturas. Y, la otra, la del análisis histórico, no menos divertido e interesante, que ofrecen los coordinadores por medio de 34 miradas de asuntos variopintos sobre los que reflexionan poco más del mismo número de historiadores que participan en esta publicación editada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, la Universidad Autónoma Metropolitana-

Cuajimalpa, el Comité Mexicano de Ciencias Históricas y Fomento Cultural Banamex y que fue el resultado del Coloquio con el mismo nombre.

Al leer los capítulos de ambos libros se puede apreciar que en todos los casos se trata de trabajos que son resultado no sólo de la investigación en acervos históricos y hemerográficos sino de la reflexión que resultó de la discusión colectiva, lo que dota de mayor unidad a la obra. Los dos tomos muestran cómo los autores partieron de una propuesta con un enfoque original en el ámbito de la producción historiográfica sobre la ciudad de México de las dos últimas décadas del siglo XIX, pues centraron su mirada en un bienio para explorar los alcances explicativos del tiempo corto. A partir de ello, esta publicación muestra a la ciudad, a sus actores, y aborda problemas sobre los que no se había pensado en blanco y negro de manera conjunta, al menos no desde los dos volúmenes sobre la ciudad de la primera mitad del siglo XIX que coordinó Regina Hernández en la década de 1990.<sup>2</sup>

En su conjunto, los artículos de *“Instantáneas” de la ciudad de México* integran una mirada amplia y abarcadora que ofrece mucho más que un número de imágenes, “instantáneas”, en las que el lector puede fijar su atención, ya que los ensayos que integran los volúmenes se complementan entre sí y permiten explorar distintos aspectos o problemas que afrontaron los habitantes de la capital así como sus autoridades e instituciones. Así, la originalidad de la propuesta radica no sólo en la perspectiva “micro” con la que el grupo de autores se ocupó de cada uno de los temas en lo particular —es decir, centrar la atención en un periodo de dos años (1883-1884) y a partir de ese momento ampliar el horizonte de reflexión— (como lo indican los coordinadores en su introducción), sino también en

---

<sup>2</sup> Regina HERNÁNDEZ FRANYUTI (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, tomos I y II.

la elección del periodo estudiado, el del gobierno de Manuel González, sobre el que se conoce poco pues con frecuencia queda subsumido en el del porfiriato. Todo lo contrario, en esta obra los autores muestran con claridad que al estudiar dos años se puede decir mucho más si se amplía el arco temporal en el que se inscribe el bienio. Y, por ello, los autores se ocupan en la mayoría de los casos de un periodo más amplio: propiamente de una década sobre la que “quisieron relatar” y para lo cual recurrieron al “tiempo corto”, la “escala reducida” y a “miradas diversas”.

La mayor parte de los artículos se ocupan de temas escasamente abordados para el periodo específico en el que se centran las miradas de los especialistas que participan en la obra, me refiero por ejemplo al estudio de los servicios urbanos emergentes (como el sistema ferroviario, la red telefónica que modificó el paisaje urbano con sus postes además de representar conflictos de interés; o bien el nuevo tipo de alumbrado que pintó de luz y sombra la segregación espacial; así como los cambios en los sistemas de abasto de aguas y mercancías, temas sobre los que reflexionan Fernando Aguayo, Víctor Cuchí, Andrés García Lázaro, Ernesto Aréchiga y Mario Barbosa, respectivamente).

Cambios que, hay que señalar, son propios del periodo que estudian los autores y producto de la conjunción de factores tales como la estabilidad política, el saneamiento de las finanzas públicas y la inversión de capitales, así como de las transformaciones demográficas y espaciales por un lado y, por el otro, de los de carácter tecnológico y científico experimentados en esos años. Terreno este último que forma parte de la explicación del desarrollo y transformación, por ejemplo, de los establecimientos hospitalarios en los que se articularon los intentos de control, moralización y prácticas civilizatorias de las élites y las autoridades –como las que estudian Cristina Sacristán, al ocuparse de los hospitales para dementes; Claudia Agostoni, al reflexionar sobre los problemas de insalubridad, y Martha Santillán, al explicar la relación entre el crimen y

la violencia en las calles de la capital—. Prácticas que tenían mucho de novedad pero en las que se puede observar al mismo tiempo la manera en la que se imbricaban prácticas de asistencia no enteramente novedosas, tal y como lo hace evidente María Dolores Lorenzo al estudiar la asistencia a los mendigos en la ciudad de México.

Una ciudad que había crecido en población y en la que convivían distintos grupos sociales y se enfrentaban múltiples problemáticas que tuvieron (tienen) como escenario la calle: me refiero a la “inseguridad y el desorden” de la misma manera que el “crimen y la violencia”. Calles que al mismo tiempo fueron escenario de los desfiles patrióticos siempre bajo el cuidado del ayuntamiento. Quizá por eso había que preguntarse: ¿quiénes gobernaban la ciudad?, ¿cómo accedían a los cargos?, ¿con qué recursos funcionaban?, asunto que atiende Graciela Márquez al estudiar la finanza públicas del ayuntamiento.

Es decir, la obra detiene la mirada en el ámbito de la esfera política, en las facultades y atribuciones del gobierno local ejercido por hombres de carne y hueso, así como en sus relaciones con otros ámbitos de poder, como bien señala Alicia Salmerón. Y de igual forma se ocupa de estudiar las elecciones federales de 1884 y observar las prácticas electorales en la ciudad, a la manera en que la explora Fausta Gantús. Las miradas contrastantes permiten ver lo público y lo privado, discusión que se antoja importante al estudiar cómo se tejen los intereses en las prácticas de adquisición de terrenos públicos y privados que aborda Regina Hernández Franyuti.

Desde la historia social, la que se interesa por los individuos, sus relaciones y prácticas (incluida la base material), considero que uno de los atributos de la obra es que en este conjunto de miradas efectivamente están las personas; emergen las mujeres (las virtuosas, bellas y defectuosas de Miguel Ángel Vázquez, así como de Lucrecia Infante Vargas), pero también los hombres que junto con las mujeres participaron de los matrimonios religiosos de la

Parroquia del Sagrario Metropolitano (materiales con los cuales Berenice Bravo y Marco Antonio Pérez construyen una ventana que permite observar la incesante y activa vida religiosa en la capital). Miradas contrastantes en las que emergen tensiones y conflictos, así como la violencia callejera que nos acerca a una población mayoritaria y activa en sus distintas facetas, entre otras, la de un público consumidor al que en esos años le alcanza para menos, como muestra puntualmente Enriqueta Quiroz en su interesante trabajo “Vivir de un salario”, en que aporta elementos que ayudan a explicar los aspectos materiales imbricados en la coyuntura explosiva del motín del Níquel al que atiende específicamente Florencia Gutiérrez, pero al cual se articulan de acuerdo con la autora aspectos de naturaleza propiamente política, aunque no exclusivamente, sino también la hispanofobia.

Porque se trata de una ciudad en crecimiento con aspiraciones de modernidad, varios autores se ocupan de la representación de la ciudad, de la representación del espacio (como lo muestra Citlali Salazar), pero también de los cambios demográficos y por ello era importante contar y contar bien, lo que explica la institucionalización de la estadística y la existencia de uno de los más completos y ricos padrones de población de la segunda mitad del siglo XIX estudiados por Ana María Medeles; una ciudad en la que viven y se crean expectativas propios y extraños, aunque estos últimos vivieran mirando hacia el exterior tal y como lo demuestra Delia Salazar al ocuparse de las colonias extranjeras no sólo de españoles, sino también de transterrados que provenían de otras latitudes, quizá porque eran alentados por algunas versiones aportadas por los viajeros de la época, aunque no la de todos, como bien muestra Julieta I. Martínez, o porque en el periodo se conformó una versión oficial de la ciudad de México (como lo plantea María Esther Pérez Salas en su capítulo). Una ciudad con escuelas, con un Conservatorio, la Biblioteca Nacional, el Liceo Hidalgo, la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria así como el Banco

de México, establecimientos sobre los que reflexionan a partir de documentos de primera mano Olivia Moreno, Miguel Ángel Castro, Laura Suárez de la Torre, Adolfo Olea y Leonor Ludlow. De tal manera que aparecen instituciones propias del impulso educativo de formación de instituciones de tipo “moderno” que formaron parte del amplio y dilatado proceso de secularización, como lo muestra, por ejemplo, la supresión del Jurado de Imprenta a partir del cual Elisa Speckman busca explicar, entre otras cosas, la relación entre justicia, política y honor.

La obra en su conjunto contribuye de otra manera al recordarnos con la práctica que la reflexión se acompaña del trabajo empírico y los ensayos que se presentan en estos dos volúmenes se apoyan en material empírico apropiado al tema del que se ocupan cada uno de los autores de los trabajos. La mayoría sustenta sus textos con documentos que proceden de acervos históricos, principalmente del Archivo Histórico del Distrito Federal, el Archivo General de la Nación, el Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, entre otros, así como de la hemerografía e imágenes del periodo. Además, prácticamente todos los artículos incluyen imágenes y mapas que ayudan a explicar el problema estudiado.

En suma, se trata de una obra colectiva en la que los más de 30 autores aportan información e imágenes en su mayor parte no estáticas que nos acercan a la ciudad y sociedad urbana de los últimos años del siglo XIX a partir de múltiples miradas, gracias a la convergencia de especialistas de larga trayectoria que partieron de sus trabajos y preocupaciones de investigación, así como de la incorporación de algunos más jóvenes. Artículos cuidados y muy bien ilustrados cuyas imágenes hacen de los dos tomos una obra importante para avanzar en el estudio sobre la ciudad de México.

Sonia Pérez Toledo

*Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa*